

## Seduciones

A primera vista le pareció inocuo. Fácil de manejar, por no decir manipular. Una sonrisa abierta, mostrándolo todo sin cautela. Si hubiera sido menos auténtico en su disfraz, tal vez no hubiera sido necesario matarlo.

## Súplica

Eros, regidor de lo escondido, de lo carnal, de lo deseado y añorado, hazle que me escriba, que vea mi jugada, que le tiree lo más íntimo, que me escriba, que me quiera, que me desee como yo a él. ¿Qué sabor tendrá su carne entre mis labios? ¿Cuán firme entre mis dientes? ¿Responderán su pulso, su aliento, a mi caricia? ¿Perderá un poco la cordura al imaginarme tendida sobre su largo cuerpo de hombre? Imagino sus labios cursando trazos vagantes por mi cuello, mis senos, mi vientre. ¿Serán secos o húmedos? ¿Febriles o frescos? ¿Y sus manos? ¿Firmes o tentativas? Imagino dedos diestros, explorando como ciegos memorizando un nuevo recinto. Eros, regidor de lo prohibido, de lo sagrado cubierto en lo profano, hazle que me vea, que me note, que me desee.

## Ternura

No me toques, digo. Tócame, pienso. Pero él sabe. Sabe porque me escucha los ojos, no la voz. De pie contra la pared lo espero. Se levanta lento, sabe saborear la anticipación. El azul de mar tempestuoso, de tormenta marina, que habita en sus irises me hace temblar las piernas. Sin desviar la vista de mis ojos se acerca, energía de pantera que empieza a notar los indicios del hambre. Pensando en pensar en cazar. Buscando presa sin apuro. En tres pasos lo voy a tener en frente. El corazón se me sobresalta debajo del pecho. El aire que respiro se hace espeso, me llega hasta las entrañas, su mano me roza los muslos, pero sólo lo estoy imaginando. Él no me toca. Me tiene en frente y no me toca. Me mira. No rompe el contacto ocular. Me investiga con esos luceros penetrantes. Su cuerpo casi toca el mío. Sus ojos me prohíben que me mueva. Puedo oler su aliento, su mezcla única de sudor fresco y colonia de afeitador. Juega conmigo como un gato con un ratoncito. Acerca los labios a los míos. Sin querer me relamo, dejo la lengua accesible, justo detrás de los dientes. Por si acaso. Sigue penetrándome con sus ojos cuando sus labios, cálidos y húmedos, hacen contacto con mi boca, de repente. Siento que todo se me abre todo. Él se abre camino con esa lengua suave, lánguida. Cuando encuentra la mía, esperándolo, se endurece y siento la presión de todo su cuerpo contra el mío. La pantera siente un hambre más urgente. Cierro los ojos y le ofrezco el cuello, como si fuera mío para disponer, como si no fuera ya suyo, alimento para saciar su hambre. Pausa para que abra los ojos, para que lo mire. Pone una mano a cada lado del cuello de mi camisa, y sin desprenderme la vista, sin violencia, con la ternura más suave, lentamente la abre, haciendo saltar cada botón, arrancando la costura que empieza debajo de los senos. La seda se raja con un quejido al que le hace eco el fondo de mi garganta. Separa apenas su cuerpo del mío y me siento a punto de caerme. Una de sus manos de hombre me roza el pecho izquierdo, alterándome la respiración. Me sigue mirando. Tiene las pupilas dilatadas. Roza apenas su vigor endurecido contra mí. Apenas. Ahora es él el que cierra los ojos y yo la que le hunde los dientes en el cuello.